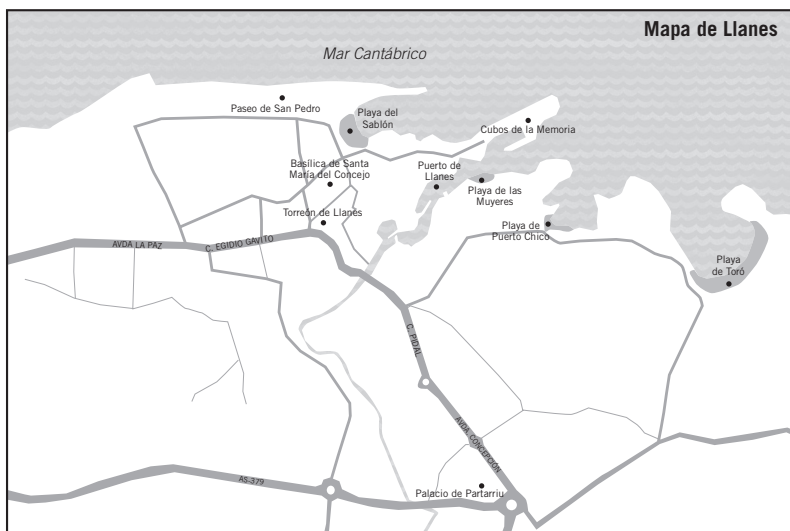
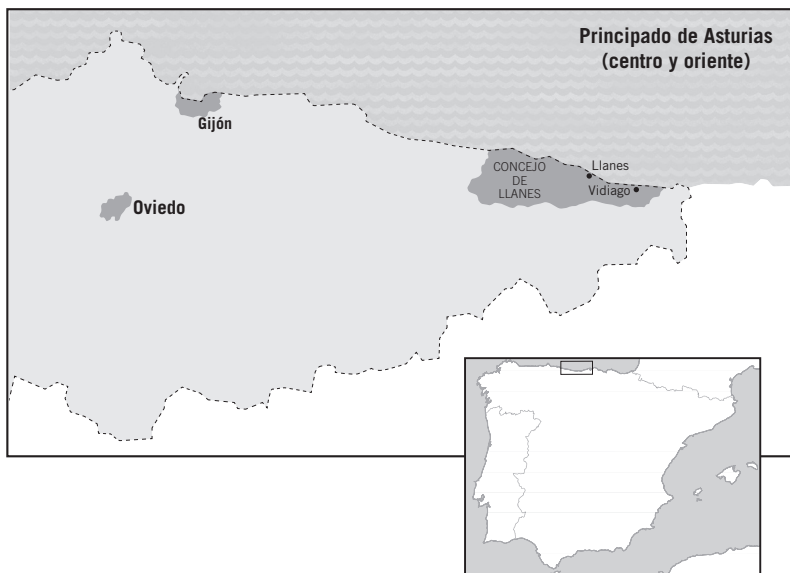


MARTA HUELVES

FLOR
de AGUA

EMBOLSILLO

Los escenarios de la novela



25 de agosto de 2023

NO QUERÍA ESTAR allí.

No quería escucharlo.

No quería conocer la verdad.

El hombre de la camisa blanca albergaba la esperanza de estar equivocado.

Sin embargo, la sospecha se le había incrustado en el velo del paladar.

LA OSCURIDAD TOTAL de la estancia envolvía a dos hombres situados uno frente a otro y sentados en un suelo de losetas mordisqueadas. Un frío húmedo y viscoso traspasaba la ropa hasta tocar la piel. Estaban encerrados en un sótano oscuro y hermético. Sin ventanas, sin ventilación. La única salida era una puerta metálica, cuyos anclajes se hundían en el suelo y convertían aquellas cuatro paredes en un agujero sellado. Los dos eran conscientes de que estaban encarcelados, aislados y sin posibilidad de pedir auxilio. Lo habían intentado todo antes de caer desfallecidos.

Tal vez fuera el golpe que uno de ellos había recibido en la cabeza o el aire irrespirable que los cercaba hasta asfixiarlos lo que complicaba su situación. El hedor proveniente de un sumidero abierto en un rincón les abrasaba la garganta. La tensión crecía hasta acelerar los latidos del corazón.

Ambos sabían que se trataba de un momento crucial, por eso irguieron la postura y miraron a su alrededor, como el que sondea el terreno antes de avanzar. Estaban viviendo sus últimas horas.

El hombre de la camisa roja permanecía quieto, doblado sobre las piernas y con la cabeza entre las manos. Era la viva imagen de la desesperación.

El hombre de la camisa blanca presionaba un pañuelo sobre la herida de su cabeza, mientras movía la pierna izquierda con la cadencia de una gota de agua. Conocía tanto a la persona que tenía enfrente que podía descifrar sus pensamientos. Pero, en contra de lo que esperaba, el hombre de la camisa roja levantó la cabeza y lo enfrentó:

—No sé cuánto tiempo vamos a estar encerrados aquí, ni siquiera si llegarán a tiempo de rescatarnos. En cualquier caso, disponemos de pocas horas. Los gases que respiramos acabarán por matarnos. Así que, voy a contarte una historia —dijo, enjugándose la frente, y se inclinó hacia él palpando en la oscuridad. Tocó su reloj y una luz azulada rompió la negrura durante un instante—. Vas a estar tentado de pensar que lo hago para exculparme, pero, como comprobarás cuando termine, es necesario para contestar a todas tus preguntas. Te lo debo —y continuó con una súplica—. Solo te pido que me prestes atención.

—¡Cómo te gusta que te escuchen! Procura no adornar demasiado el relato, como haces siempre.

El hombre de la camisa roja tensó la espalda y entrelazó las manos. Para contar aquella historia necesitaba adoptar un tono de narrador que le diera la suficiente distancia de los hechos, a modo de cuento. Pensaba que el momento crítico que estaban viviendo así lo requería. Llenó entonces de aire los pulmones, se aclaró la voz y comenzó.

Noche de San Juan de 1997 Llanes, Playa de Toró. Asturias

—EN LA NOCHE de San Juan de 1997 —comenzó el hombre de la camisa roja—, un grupo de amigos llegó a la playa de Toró, en Llanes, sorteando a los que celebraban sentados alrededor de las piedras, excitados por el ambiente festivo y de verbena. La arena los recibía húmeda y fría, esponjosa todavía por el chaparrón que acababa de caer.

»Las familias se reunían en corros en torno a pequeñas hogueras con el objetivo de recibir al solsticio de verano. Los chavales sondearon el terreno y eligieron un lugar a los pies del camino que conduce a los acantilados. Habían estado saltando desde las rocas hasta el mar esa misma tarde, en una suerte de reto irresponsable que repetían con frecuencia. Eran jóvenes, la mayoría no pasaba de los veinte y el sabor a libertad rezumaba por sus bocas. El murmullo del mar acompañaba la fiesta con su ir y venir. La lluvia había agitado la superficie de las olas y la espuma se encabritaba antes de morir en la arena. La sal manchaba los vasos de sidra, que algunas manos elevaban conteniendo el líquido escanciado con pericia. Sidra, cánticos y hogueras. El relente nocturno aflojaba ante el calor del fuego purificador de la Noche de San Juan.

»Podría hablarte de cada uno de ellos, pero solo nos interesan dos: Suso Estrada y Julia Morán.

Un imperceptible movimiento tensó la piel bajo los ojos del hombre de la camisa blanca, que seguía con interés desigual la historia debido al fortísimo dolor de cabeza.

—El chico —continuó el hombre de la camisa roja—, Suso, era el único hijo de un empresario muy importante de Llanes. Un chaval de familia adinerada que acababa de cumplir veinte años. Alto, de complexión atlética y con un gesto de adulto que desdecía su rostro de facciones aniñadas. Destacaba porque tenía madera de líder y se relacionaba con los hijos de la élite de la sociedad asturiana. Suso Estrada fanfarroneaba con heredar el negocio de su padre en cuanto acabase los estudios de Administración y Dirección de Empresas que había comenzado en Londres. Un tipo jovial, guapo y despreocupado, pero en extremo competitivo.

»Ella era diferente a las demás. Una chica del montón y poco preocupada por su aspecto, pero muy inteligente. Una estudiante brillante, observadora, metódica y tan desafiante como él. Julia procedía del entorno rural y vivía con su abuela tras haberse quedado huérfana. A ella le gustaba de él esa pedantería que mostraba ante los demás, pero nunca con ella. El carácter de Julia Morán era un tanto impredecible. Disfrutaba de la velocidad, las noches de fiesta y cualquier reto que pusiera a prueba sus límites físicos. Y ahí coincidieron. La rivalidad entre ellos era tal que la adrenalina hacía saltar chispas. Una atracción física y mental que funcionaba sola.

»Como te digo, uno de los pasatiempos de la pandilla de amigos era lanzarse al mar desde los acantilados. Cuanto más alto y más abrupto era el cortante, más unidos se sentían. La pareja se retaba mientras sus compañeros grababan en vídeo los saltos. Lo único que ambos tenían claro era que su relación tenía poco recorrido y que sus vidas discurrirían

por caminos diferentes. El riesgo formaba parte del disfrute y ninguno estaba dispuesto a renunciar a ello.

»La noche de San Juan de 1997, Suso estaba pletórico. Por fin había conseguido vencer a Julia en un salto kamikaze que dejó a sus amigos sin aliento. Esa noche bebieron, cantaron y quemaron en la hoguera los apuntes del curso anterior. Por supuesto, danzaron y saltaron sobre el fuego en un ritual de purificación.

»Según avanzaban las horas, la euforia de los primeros momentos cedió el paso a los efectos narcóticos del alcohol. Suso se acercó a Julia y le susurró al oído. El contacto despertó la química entre ellos de manera salvaje y decidieron alejarse del grupo en busca de intimidad. Él condujo su coche por una carretera apartada del bullicio festivo y se detuvo en un camino solitario. La pasión se desató. Los besos adolescentes se desbordaron sobre la piel como algo inevitable y acabaron haciendo el amor. Al terminar se quedaron dormidos el uno sobre el otro.

»Ella despertó poco antes del amanecer. Tenía la boca seca y unas molestas ganas de orinar, así que salió del coche y caminó entre los árboles en silencio. Todavía resultaba imperceptible la silueta de la sierra del Cuera. Atrás quedaba el barullo de la fiesta, y pronto sonarían las primeras gaitas y se reunirían los coros y los danzantes en la plaza del pueblo para festejar la llegada del verano. La hojarasca del camino acompañaba sus pasos. Venus iluminaba el cielo nocturno. Era sin duda un momento perfecto.

»Pero había algo que la inquietaba. Un sentimiento de culpa en la boca del estómago que le hizo tomar conciencia de que pronto se separaría de Suso. Mientras avanzaba por el bosque, pensaba en él. A veces se maravillaba de la conexión que había entre ellos. Sin duda habría podido enamorarse, o quizá ya lo estaba un poco. Tal vez había sido un

tanto irresponsable al acostarse con él. Al fin y al cabo, tomarían caminos distintos tras el verano. Estaba decidida a marcharse del pueblo y a buscar un futuro mejor. Nada ni nadie la detendría. Ni siquiera él.

»Andaba en estos pensamientos cuando escuchó el rumor del agua. La sed le secaba la boca. Descubrió entonces una fuente de la que manaba un chorro abundante. En el preciso instante en el que se acercó a beber, la primera luz del amanecer incidió sobre el agua. Los destellos del sol se desparramaban con brillos multicolores. Julia introdujo las manos en el agua y bebió hasta quedar saciada. En ese preciso momento, un temblor extraño recorrió su columna vertebral y cayó de rodillas sujetándose el vientre. El terror la estremeció y una certeza se instaló en su cabeza.

»Antes de salir corriendo en dirección al coche presa del pánico, supo que estaba embarazada.

El hombre de la camisa blanca tosió y se aclaró la garganta para intervenir, pero el de la camisa roja se lo impidió.

—Antes de que digas nada, te ruego que escuches esta historia.

Mismo lugar, verano de 2023

24 DE JUNIO, Día de San Juan. Faltaba media hora para que amaneciera. Lo haría exactamente a las 6.42 horas en el barrio de El Bibio de Gijón. Tras el divorcio, la subinspectora de la Policía Nacional, Marina Roldán, vivía de alquiler en un piso propiedad de la tía de su compañero, el agente Lino Cueto. Una vez resuelto el último caso, la necesidad de efectivos en otras unidades obligó a disolver la Brigada para el Oriente. Desde aquello habían transcurrido ya cuatro años. Tiempo que Marina había aprovechado hasta conseguir el ascenso a subinspectora.

Los componentes del antiguo equipo andaban cada uno por su lado. Lino y ella colaboraban de vez en cuando con la UFAM, la Unidad de Atención a la Familia y la Mujer, y Bedia acababa de cerrar un caso con una veintena de robos a joyerías en Avilés.

Pertrechada con unas mallas negras y una camiseta de tirantes del mismo color, Marina echó un vistazo al espejo antes de salir de casa. Le sentaba bien el ejercicio matutino. Se pellizcó las mejillas provocando el sonrojo de la piel y achinó sus ojos amielados. Las patas de gallo se mantenían en niveles aceptables. Así que, levantó la barbilla, guiñó un ojo y decidió que ese día no se dirigiría hacia la playa; la Noche de San Juan había hecho estragos y los operarios se afanaban en la limpieza de la costa.

Sería mejor rodear el parque de Isabel la Católica, al que ya se había habituado.

Después de cuatro años, uno malo y tres regulares, creía haber pasado página tras su divorcio. Carlos solo era un recuerdo, bonito y feo a la vez, que dolía un poco cuando revivía cómo había terminado la relación. En ese tiempo había conseguido potenciar sus prioridades. La vida de soltera la trataba bien. Salvo algunas noches oscuras en que la soledad se acostaba a su lado y su fétido aliento le robaba el sueño. Cuando esto ocurría, se levantaba de la cama antes de que el sol hiciera acto de presencia. Desde el encuentro con la niña de los lagos de Covadonga, la vida se le había revuelto, llenándose de fantasmas. Los malos recuerdos regresaban: los compañeros que había perdido por el camino, la traición de Carlos y el cambio obligado de residencia y de perspectiva.

Marina salió de casa. El rellano de la escalera le proporcionaba una visión panorámica del portal. Divisó a Luisa desde el primer piso, la pareja de su compañero Lino. La chica era la encargada de limpiar los portales de la comunidad. Aquella mañana, aprisionaba su cabello rebelde de rizos a lo afro en un moño tirante que le tensaba la piel de la sien, alargando sus cejas. El mocho bailarín que se deslizaba por el piso con la fuerza de sus brazos se movía a ritmo de bachata. La voz risueña de Luisa contagiaba buen humor.

La subinspectora trotó al bajar los diez escalones que la separaban de ella casi sin hacer ruido. Antes de que Marina posase el pie en el último escalón, el sexto sentido de Luisa ya le había informado de quién bajaba por la escalera; era capaz hasta de saber a dónde se dirigía. Era un don, según le había explicado el día en que Lino las presentó; lo había heredado de una tía, que emigró a Cuba en busca de fortuna y regresó a los pocos años con un marido pobre como una rata, más feo que Picio y con cinco hijos como cinco soles.

Todos varones. La tía de Luisa era una mujer generosa que se hizo cargo de ella cuando fallecieron sus padres. «Bendita tú eres entre todos los hombres», le decía besuqueándole la cara. Y así se crió ella, mimada y feliz.

Las dos mujeres se saludaron con efusividad y, después, la subinspectora salió a la calle y caminó a buen ritmo hasta alcanzar el parque. Rodeó la zona de juegos infantiles y se adentró en los jardines sembrados sobre las marismas del río Piles; un lugar antaño insalubre, con charcas cenagosas y criadero de mosquitos, transformado en un vergel muy atractivo para la ciudad. Eucaliptos, cipreses y chopos crecieron rápido. Después llegaron los tejos, los ginkgos, los cedros, los robles, los pinos, hasta los magnolios. Una comunidad de vecinos bien avenidos que proporcionaba un sople de oxígeno a cambio de un espacio donde expandirse. Los árboles añosos aportaban confianza a la policía y ella los consideraba una buena compañía.

Acababa de recorrer el lago artificial cuando un pitido molesto captó su atención. Ralentizó la marcha y consultó el teléfono móvil un tanto extrañada, porque aquella semana tenía turno de tarde y no esperaba llamadas. Un mensaje luminoso ocupaba la pantalla. El nombre que leyó en ella la hizo detenerse en seco. El Jefe Gris la citaba en su despacho en media hora.

En ese mismo momento, el agente Lino Cueto se encontraba sentado en el suelo de su casa, en la postura del indio. Se había permitido un descanso y apuraba una taza de café humeante. Ante él se desplegaban las piezas de una estantería de madera cuyo nombre contracturaba la lengua. Una de esas con instrucciones ininteligibles, solo aptas para gente dotada de altas dosis de paciencia. Deslizó la vista por las maderas apiladas y reparó en una bolsa que contenía arandelas y tornillos suficientes para remachar de nuevo la torre Eiffel, y se

preguntó en qué momento había rechazado la oferta del vendedor de enviársela ya montada por un módico precio. Se rascó la cabeza con cuidado de mantener la perfecta raya de su peinado, llenó los pulmones de aire y releyó las instrucciones. Perdido en la visualización de cómo resultaría la estantería una vez acabada, el sonido de una notificación en el móvil llegó como una excusa pertinente. Se levantó del suelo y leyó, mientras devolvía a la cocina la taza de café.

En media hora en el despacho de Gris.

Un gesto de extrañeza se dibujó en su cara. ¿Para qué lo requería el comisario? «Media hora», se dijo mirando el reloj y, a continuación, abandonó las piezas de la estantería sin armar.

LA COMISARÍA ERA un hormiguero de agentes a tan temprana hora de la mañana. Caras despejadas y cabezas recién peinadas que destilaban a su paso el aroma fresco de la colonia de baño. La agente Nora Sirgo bajaba las escaleras con tanta rapidez como si fuera a sofocar un incendio. Parecía llevar muchas horas ya en funcionamiento. Lucía el cabello rubio peinado en una trenza bajo la nuca y se había perfilado la línea de agua de los ojos de un sutil color azul, llenándolos de profundidad. Acababa de recibir la citación del Jefe Gris mientras repasaba la ficha policial de un presunto acosador. Los compañeros de Delitos Informáticos de Oviedo necesitaban un perfil psicológico. Desde que colaboraba con ellos, Nora había tenido que aprender a coserse la piel del corazón en muchas ocasiones y a tomar distancia.

El despacho de Gris daba a una salita de espera, donde un agente pecoso levantó la cabeza al verla aparecer, para después continuar como si nada. Un minuto más tarde apareció Marina y, a los dos minutos, lo hizo Lino. La sorpresa

de encontrarse allí los tres les duró un segundo, antes de que el gigante inspector Salvador Bedia bramara desde el último escalón.

—¡Qué bien que hayáis podido venir! —dijo tras una sonora carcajada—. Os preguntaréis qué estamos haciendo aquí el Día de San Juan. Por el momento, voy a pedirlos que me sigáis la corriente.

Las caras de los tres pasaron de la sorpresa al desconcierto.

Pocos minutos después, Gris se asomó por la puerta de su despacho, con el rostro más congestionado que de costumbre, y les ordenó que pasaran.

—Tenemos un suceso raro de cojones, y no es un taco. Es literal —dijo antes de que el último, en ese caso Nora, cerrase la puerta. Para entonces, Bedia ya se había situado cerca de la máquina de café, una muy moderna, de esas de las que presumen los cafeteros, y procedía a prepararse un café colombiano, su favorito. Mientras los demás esperaban acontecimientos, Gris se dirigió a ellos sentado en el borde de la mesa y con los brazos cruzados—. A primera hora de esta mañana encontramos el cadáver de un hombre en un local de la calle Corrida. Acabo de hablar con la patrulla que acudió al aviso. Os quiero allí de inmediato —dijo, señalando primero a Roldán y después a Bedia—. Nada más empezar la temporada turística y ya tenemos el primer marrón. Los de arriba quieren que pase lo más desapercibido posible. En cuanto abran los locales comerciales la zona se va a llenar de gente.

«¡En la calle Corrida! ¡En pleno centro!», pensaron los agentes para sus adentros.

Gris rodeó la mesa, ordenó varias carpetas y extendió un par de folios hacia Bedia, que ya bebía su café. El coloso deslizó la vista por los papeles, sorbió un buen trago y se los pasó a Marina.

—¿Y bien? —El comisario esperaba una respuesta—. Bedia, ya te saliste con la tuya. Ahora quiero que os pongáis en marcha.

—Antes de nada, déjame que les explique a qué te refieres —solicitó dirigiéndose a los agentes—. Como sabéis, llevo mucho tiempo deseando reunir de nuevo a la Brigada para el Oriente. La falta de personal nos impidió trabajar juntos durante estos años, pero parece que el bache quedó resuelto. Así que pedí al comisario que nos permitiera ocuparnos de este caso. Estamos de acuerdo en que sería fantástico volver a trabajar juntos, ¿no?

Los agentes recibieron la noticia con una enorme sonrisa.

—Tengo que confesar que insistí mucho —continuó Bedia—, y que agradezco la paciencia y la confianza que el comisario deposita en nosotros. Pero, antes de ponernos en marcha, voy a pedirte un último favor, Gris. Si vamos a investigar como Dios manda, necesitamos un lugar adecuado.

—Bedia, no te pases —advirtió el comisario, más interesado en centrar la atención en el suceso—. Para que todos apreciemos el tamaño del embrollo del que estamos hablando, el cadáver de un hombre joven apareció en un local que está patas arriba, en plena reforma. La víctima se llama Javier Rivero, veintiséis años, natural de Oviedo, pero residente en Llanes. Llevaba encima la documentación, por eso conocemos su identidad. Los que trabajan en el local lo descubrieron al empezar su jornada laboral. Lo jodido es la forma en que lo encontraron, muerto y sin genitales. Sí, sí, habéis escuchado bien. Emasculación completa.

Un murmullo de sorpresa brotó de la garganta de los agentes.

—El caso es vuestro, Bedia. No se hable más. Tú y Roldán salís ahora mismo para allá. Quiero un informe completo.

—Un momento, Gris, perdona que insista —dijo el inspector—. Necesitamos que nos asignes el cuartel general.

Gris arrugó la frente antes de contestar.

—El espacio que me pides lo ocupa Santisteban y...

—Santisteban puede trabajar en el sótano, en la garita de la puerta o en medio de la calle. ¡Total, para lo que hace! El cuartel general está desaprovechado —continuó el gigante con voz de súplica—. Un despacho colosal ocupado por un solo tío. Devuélvenos nuestra guarida y nosotros sabremos compensarte.

El silencio se impuso de repente. Ninguno de los presentes se atrevió a pestañear, a la espera de la reacción del comisario. El combate entre Bedia y Gris se estaba librando en las trincheras, y la solución llegó después de varias llamadas.

—De acuerdo —dijo el comisario todavía con el teléfono en la oreja—. Desde este momento podéis disponer del despacho de la planta superior. No hace falta que te diga que espero resultados pronto. ¡Vamos! ¡A trabajar!

El inspector salió disparado seguido por los otros tres y subió las escaleras hasta el antiguo refugio con la excitación de un niño al ganar una carrera. La puerta del cuartel general se abrió en el momento en que los cuatro alcanzaban la meta y por ella apareció Santisteban, un agente flacucho, cargado con una caja de cartón, que desapareció por el pasillo.

Bedia asomó la cabeza en el interior del cuartel general y se volvió hacia el equipo.

—¡Lo conseguimos! ¡Estamos de vuelta! —gritó señalando a Lino y a Nora—. Vosotros poned orden en la cueva y nosotros nos vamos a ver el cadáver.

Marina sonrió a sus compañeros sin ocultar la emoción que le provocaba el trabajar juntos de nuevo, y corrió tras la estela de Bedia.